

MORUENA ESTRÍNGANA

**MI ERROR  
FUE**  
*Ser solo  
tu vecina*

SERIE MI ERROR 10

booket

# **Morueña Estríngana**

Mi error fue ser solo tu vecina

*Serie Mi error X*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2016  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta  
Fotografía de la cubierta: © MJTH / Shutterstock  
Primera edición en Colección Booket: julio de 2019  
Depósito legal: B. 11.695-2019  
ISBN: 978-84-08-21370-3  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)  
*Printed in Spain* - Impreso en España

## Capítulo 1

HOLLY

Termino de subir la última caja que hemos traído mi hermano y yo en mi destartalado coche. De mi madre no sabemos nada desde hace días. Me preocuparía más si esto no fuera algo que hace de manera habitual.

Cuando decidimos... bueno, mejor dicho, cuando el casero nos echó del piso por falta de pago y dejó todas nuestras cosas en cajas en la puerta para que no pudiéramos entrar, supimos que había llegado el momento de empezar en otro lugar. Mi madre buscó trabajo de lo suyo y en este pueblo había una oferta de bailarina... o, mejor dicho, de estríper. Ya que mi madre, desde hace años, pasa de buscar trabajo lejos del mundo de la noche. Ella nos dijo que debíamos venir aquí y como tiene la custodia de mi hermano no me queda más remedio que seguirla, aunque desde entonces no hemos sabido nada de ella.

Mi hermano y yo nos alojamos en un hostel hasta encontrar un piso a buen precio y trabajo para mí.

Mientras, he ido al colegio donde irá Roni a apuntarlo para este nuevo curso. Ya está empezado, llevan una semana, pero por suerte lo han admitido sin muchos problemas. Algo de agradecer. Porque estaba asustada por sus estudios.

Fue en el colegio donde una dulce profesora de arte llamada Jenna, al escucharme hablar con mi hermano de que debíamos seguir buscando casa, nos dijo que un amigo suyo alquilaba un pequeño apartamento con dos habitaciones. Que no era muy grande, pero que tal vez nos podría servir.

Me dio su teléfono y lo llamé para preguntarle por el piso que alquilaba. No tuve que esperar mucho para que nos lo mostraran, y en cuanto lo vimos supimos que este sería nuestro nuevo hogar. Se respiraba mucha vida aquí y tenía una calidez que en nada se parecía a las casas donde habíamos estado hasta ahora; faltaba saber a cuánto ascendía el alquiler y temía que no pudiera permitírmelo o que no me lo arrendara a mí por tener solo veintiún años. Por suerte el precio era razonable y me lo podía costear, y lo de la edad no le supuso un problema. Ahora espero poder pagarlo y que mi madre no me robe mi propio dinero para pagar sus deudas, cosa que desgraciadamente hace a menudo. Por eso nunca puedo ahorrar; lo poco que he ganado siempre ha sido para pagar cosas del colegio de Roni o comida, y aunque he tratado de guardar algo en el banco, siempre lo he acabado sacando para pagar un sinfín de cosas que hacen que mi cuenta tiemble rozando los números rojos. De hecho, ahora solo tengo lo justo para que no se quede a cero y me cobren comisiones por ello.

Y aquí estamos, con la ilusión y el miedo de empe-

zar de nuevo, y temiendo que acabe como siempre, con nuestras cosas en la puerta. Me frustra no ser capaz de llegar a todo, me agobia no estar cuidando bien de mi hermano. Porque está claro que su bienestar depende de mí.

Y aunque la idea de irme no fue mía, en el fondo sentí alivio por poder huir. Necesitaba alejarme de mi ex, ese desgraciado que me utilizó con sus mentiras, que me hizo creer que me quería y que no era solo su chica para un rato... No quiero ni recordarlo; hacerlo es verme a mí creyéndome enamorada de ese cerdo.

—¿Lo habéis subido todo? —Miro hacia la puerta y entra nuestro casero, que se llama Adair, con su hijo de unos cuatro años de la mano. Adair es sumamente atractivo para ser un hombre ya de treinta y pico. Tiene el pelo negro y los ojos grises. Su hijo tiene los ojos verdes y el pelo negro y se nota que de mayor será tan guapo como su padre.

—Sí, acabamos de subir la última caja.

—Siento no haber podido ayudaros, pero esta tarde me toca hacer de canguro. —Su hijo se ríe y entra al salón para sentarse al lado de donde está mi hermano sacando unos libros.

—No tenías que ayudarnos y tampoco había mucho que subir —le digo avergonzada de que todas nuestras pertenencias quepan en unas pocas cajas.

—Quiero que estéis cómodos. ¿Qué clase de casero sería si no fuera así?

—¿Uno normal y corriente? —Adair se ríe y me saca una pequeña sonrisa.

—¿Y tu madre? —Me pongo tensa y por su sagaz mirada sé que lo nota. Por algo es uno de los mejores

detectives del pueblo, que yo también me he informado para saber dónde estaba metiendo a mi hermano.

—No ha podido venir.

—Vale. —Intuyo que no se queda convencido—. Tienes mi número de teléfono; para cualquier cosa, llámame. —Asiento, aunque sé que no lo llamaría nunca. Tendría que verme muy mal para hacerlo—. Nos marchamos. Andrés, despídete de ellos.

Este hace lo que le dice educadamente y con una sonrisilla en la cara. Debe de ser un trasto. Adair le revuelve el pelo y lo mira con cariño. Debe de ser bonito tener un padre que te adore, que esté dispuesto a darlo todo por ti. Aparto la vista antes de que se vayan y cierren la puerta.

Inspecciono a mi alrededor y sonrío como si estuviera superfeliz; Roni no se merece mi miedo ni mis inseguridades. Mi hermano tiene once años, nos llevamos diez. Cuando nació yo ya había asumido que la única persona madura de nuestro hogar era yo. Ya hacía muchos años que comprendí que nunca podría ser una niña, pues mi querida madre ya se había adjudicado ese papel. Así que cuidé de Roni y he sido siempre su apoyo. Por eso, cuando nos toca irnos, le hago creer que es superemocionante empezar de cero y no dejo traslucir el miedo que me invade ante lo desconocido. El problema es que Roni ya no es un niño y se va enterando de todo.

—Este pueblo es genial, si hasta nuestro casero parece sacado de un cuento.

—La verdad es que es muy majo y este lugar no parece que se esté cayendo a trozos.

Me siento a su lado y lo abrazo. Me devuelve el abrazo.

—Mañana tienes clase. ¿Estás listo?

—Ya no hay nadie cerca, entre nosotras no quiero fingir.

Lo miro o, mejor dicho, la miro. Pues Roni desde hace años sabe que es una niña en un cuerpo equivocado. Y lo cierto es que es preciosa. Como chico sus rasgos son demasiado femeninos. Su padre tenía cara de niña y Roni ha sacado los rasgos más femeninos tanto de mi madre como de su padre. Desde pequeño siempre lo han confundido con una niña y ella siempre ha tenido claro que no quería jugar con camiones, que quería muñecas. Y que le gustaba dejarse el pelo largo. El problema es que la sociedad no está preparada para comprender eso y Roni ha aprendido de la peor manera posible que las personas no comprenden por qué alguien que según su carné de identidad es hombre quiere ser mujer, y a la edad en que los chavales empiezan a ser conscientes de lo que les rodea y se dejan llevar por los prejuicios de la gente, empezaron a llamarla maripita, o nenaza, de manera despectiva. Roni tuvo que ver cómo sus amigos pasaban a ser los que más daño le hacían y siempre en lo mismo; por eso no quiere ni pensar en la posibilidad de dar la cara, porque prefiere refugiarse en lo que ya conoce. Ante todos es Roni, un chico, pero no ante mí. Ante mí es «ella». Tan preciosa y maravillosa como siempre la vi.

Espero que un día esté preparada para dejar de ocultarse, para dar el paso que le falta y ser mujer ante todos, y que la gente lo acepte. El problema es que ambas sabemos que no será un camino fácil. Que recibirá insultos y que desgraciadamente las personas, si no les revela su secreto, se sentirán ofendidas. Aunque un día consiga cambiarse el nombre y el sexo en su carné de



identidad, su secreto nunca podrá permanecer oculto para siempre, y es una lástima. Ella no ha hecho nada malo. No ha sido culpa suya nacer en un cuerpo que no le corresponde. Ella solo quiere ser feliz. ¿Qué más da cómo lo logre mientras no haga daño a nadie?

Decida lo que decida, yo siempre estaré a su lado.

—Tal vez deberías empezar en este colegio siendo tú misma...

—No estoy lista —me reconoce. Me mira con sus grandes ojos azules un poco más oscuros que los míos; los míos, según la luz, parecen gris oscuro.

Roni tiene el pelo pelirrojo y una cara dulce y preciosa. Yo tengo el pelo castaño tirando a rubio y en un impulso rebelde, antes de venir a este pueblo, me hice algunas mechas rosas en las puntas.

—No hace falta que lo digas y todo irá bien.

—Sabes que no. No tendré amigos y la gente no querrá jugar con el maricón de la clase. —Baja la vista.

—Sinceramente ellos se lo pierden, eres maravillosa y muy lista. Te sabes historias que muchos ni se imaginan y eres superdivertida. Realmente los que se están perdiendo el conocerte son ellos.

Sonríe y la abrazo.

—Todo irá bien...

—Y si no, da igual, seguro que pronto mamá la caga, nos roba todo el dinero y nos vemos en una situación de penuria total hasta que nos echen de esta casa. Adair parece bueno, pero nadie lo es cuando no se le paga.

—Ya se verá. De momento tenemos que ir a comprar algo para cenar y desayunar.

—¿Te queda dinero?

—Lo justo —miento, y me levanto. No me queda casi nada.

Por suerte he encontrado trabajo en una heladería cerca de un precioso lago y me pueden pagar semanalmente.

Todo tiene que salir bien. Roni se merece ya tener una estabilidad.

Me doy una ducha agradeciendo el agua caliente. Mi hermana y yo nos hemos quedado con el cuarto grande, que tiene una cama de matrimonio enorme. Mi madre suele dormir siempre en el bar de noche donde trabaja. Más que nada porque siempre va puesta hasta las pestañas y no se acuerda del camino de vuelta a casa.

Ahí es donde se va todo su dinero, en drogas y alcohol. En verdad no sé bien cómo es mi madre sin estar colocada. O bueno, sí, a veces está lúcida y me parece incluso una mujer buena, hasta que se pierde por sus vicios y es cruel y mala madre. Una joya, vamos. Y no será que no haya intentado siempre ayudarla y tratar de que dejara sus adicciones, pero un día me llegó a decir que ella era feliz así. No lo creo y sé que está enferma, pero el problema es que no se puede ayudar a quien no quiere ser ayudado, y más cuando no dispongo del dinero para encerrarla contra su voluntad en un centro de desintoxicación.

Es triste, pero he de dejar que viva su vida. No me deja ayudarla y cuando está puesta, que es siempre, es muy agresiva y destructiva con sus palabras. Afortunadamente, nunca nos ha pegado.

Por eso le hemos dejado la habitación pequeña con sus cosas metidas en un caja. Si quiere, que las saque ella.

Salgo de la ducha y me pongo una toalla en el pelo tras secarme y ponerme una camiseta ancha que uso para dormir, de uno de mis grupos preferidos de música. El de Jack y Eimy, que, por cierto, creo que viven en este pueblo.

Estoy desenredándome el pelo cuando tocan a la puerta.

—¡Es un chico alto y rubio muy guapo!

Pongo los ojos en blanco.

—¿Eres consciente de que te escucha a través de la puerta? —No lo era, porque Roni entra corriendo y tras mirarme me echa del baño y se encierra ella.

Roni es muy tímida y solo cuando estamos juntas dice lo que piensa sin filtro, a veces olvidando que las paredes tienen oídos.

Me contemplo en el espejo y pienso en ponerme algo más, pero llaman de nuevo y salgo a abrir, porque seguro que quien espera ya sabe que hay gente dentro gracias a mi hermana.

Miro por la mirilla y, aunque no puedo verlo bien, me parece, como ha dicho Roni, un chico rubio muy guapo. Cuando abro lo primero en lo que me fijo es en su bonita sonrisa, marcada por un hoyuelo y unos gruesos labios que piden a gritos un beso... mío no, claro. Una ya ha tenido suficiente con dos ex bastante capullos que me han anulado para los restos.

Alzo la vista, ya que es alto, y mis ojos grises se encuentran con los suyos azules enmarcados por unas oscuras pestañas que hacen más profunda su mirada. El pelo rubio le cae sobre las cejas. Y cuando bajo la mirada me encuentro con un cuerpo atlético y fibroso. Se nota que hace ejercicio y que no es de esos a los que les gusta tomar lo que sea para hincharse. Tendrá más o

menos mi edad por lo que adivino, tal vez un par de años más.

—Hola. —Levanto la vista al escuchar su voz dura y sexi; no puedo evitar notar lo evidente.

Otra cosa es que este adonis de pelo rubio me guste, pero lo que es, es.

—Hola.

—Tú debes de ser Holly; Adair me habló de ti. —Me tiende su mano solo adornada por un anillo plateado con detalles en negro que me parece masculino. Le doy la mía y siento un pequeño hormigueo con su contacto—. Gonzalo, amigo de Adair y tu vecino de enfrente.

Separa la mano y me señala su casa, por si no he pillado que compartimos rellano. Solo hay dos vecinos por planta.

—Holly, y mi hermano se llama Roni.

—Ah, hermano, pensé que era una niña.

—Tiene voz de niña —aclaro con una sonrisa. Roni tiene la voz muy dulce.

—Solo venía a presentarme y a deciros que para cualquier cosa que necesitéis estoy al otro lado; ah, y que seguramente más de una vez me verás haciendo movimientos extraños por la ventana de la cocina. No te asustes, no me pasa nada raro. —Me sonrío mostrándome unos dientes blancos y perfectos.

—Bueno, seguro que en alguna ocasión me ves a mí cantando o gritando a mi hermano por alguna cosa. Mientras tú no te asustes tampoco, todo bien.

Sonríe y sus ojos azules, que ahora que me fijo mejor tienen varios tonos de azul, brillan con calidez.

—Bueno, nos vemos. Y no olvides mi ofrecimiento.

Asiento antes de cerrar la puerta. Cuando me vuelvo, Roni está entre las sombras observándolo todo.

—He quedado como una idiota. —La miro: lleva uno de mis pijamas rosa de ositos de cuando yo tenía su edad.

—No lo creo, y ahora ayúdame a hacer la cena.

—No creo que necesites mucha ayuda para hacer unos bocatas de jamón york y queso.

—Son bocatas especiales, porque los voy a hacer a la plancha. —Sonrío para que no note cómo me fastidia no poder comprar algo más.

—Por suerte me encanta el bocata de jamón york y queso. —Que Roni sea tan madura a su edad ayuda mucho. Todo sería más complicado si tuviera que lidiar con sus exigencias, pero me duele saber que, como yo, dejará de ser niña antes de lo que debería.

Me levanto muy temprano y con los ojos medio pegados me pongo a preparar el desayuno a Roni. Hoy casi no ha dormido. No ha parado de dar vueltas de un lado a otro de los nervios que la atenazan ante un colegio nuevo, por tener que soportar insultos solo porque la gente no la entiende o porque piensan que es mariquita y lo critican solo por eso. Como si las personas fueran mejores o peores dependiendo de su manera de amar. Odio no poder estar a su lado. No poder pasar por ella todo esto y saber que cuando la recoja estará triste y que por culpa de esto no tendrá amigos.

Le cuesta mucho hacer amistades, y más si la insultan, porque los que se quieren acercar a ella temen que la tomen con ellos y la dejan sola únicamente para no recibir el mismo trato.

Abro el grifo, miro hacia la ventana de la casa de

Gonzalo, que está al otro lado del patio de luces que tenemos en medio, y lo pilló haciendo estiramientos. Solo lleva puesto un pantalón gris de chándal y nada más. No sé qué me hace mirarlo como una boba y hasta olvidar que el agua sigue corriendo. Algo en su manera de moverse acelera mi corazón, como si supiera lo que va a hacer y mi mente se anticipara al placer de verlo y, como yo esperaba, ahí está. Gonzalo empieza a bailar de manera muy masculina y sensual. Sus movimientos me atrapan. Su manera de moverse me hipnotiza. Veo que mezcla varios estilos y los hace propios. Es magnífico.

Desde niña he estado metida de alguna forma en el mundo del baile..., bueno, siempre me ha gustado la danza y he investigado. Mi madre, antes de tirar su vida por la borda, era una de las mejores bailarinas del país. Tenía una prometedora carrera en un importante teatro de la capital y era la estrella. La gente pagaba para verla bailar. Yo he visto vídeos suyos y se me han puesto los pelos de punta y los ojos llenos de lágrimas por ver cómo alguien con ese brillante futuro lo echaba todo por tierra por las malas compañías.

Su vida, con la fama, empezó a cambiar y no supo decir no a las drogas. Para cuando se dio cuenta ya no controlaba sus decisiones y solo pensaba en beber y drogarse. Esto hizo que se rompiera un pie en una actuación, porque iba muy puesta, y en el hospital le dijeron que no solo su recuperación sería larga, sino que además estaba embarazada y sería una suerte que yo no naciera ya con adicciones.

Mi madre ni recordaba quién era mi padre, o eso me dice siempre cuando le he preguntado, así que hace años que dejé de hacerlo; no me interesa saberlo. La

despidieron al poco de nacer yo porque no era capaz de centrarse y ahí empezó su declive. Pienso que algo me quería, porque durante el tiempo que duró su embarazo no tomó nada. Y con Roni también lo hizo; por unos meses supe lo que era tener una madre que no estaba siempre borracha. Pero fue nacer mi hermana y todo se desvaneció, y creo que eso me dolió más. Porque en el fondo esperaba que todo cambiara y la caída fue más dura.

Trabaja de estríper desde poco tiempo después de nacer yo y me culpó a mí de todo, aunque las dos sabíamos que no era cierto.

He crecido rodeada de bailarinas de la noche y en un mundo que no es adecuado para una niña pequeña. Odio esos locales y no fue hasta que nació Roni cuando decidí que yo, a mis diez años, sería la madre que ella necesitaba, viendo que la nuestra, una vez más, no nos había elegido a nosotras. Ahora lo pienso y me parece increíble que siendo tan pequeña hiciera algo así, y más que mi madre me dejara.

Yo cuidaba de Roni con la ayuda de la vecina y la mantuve alejada de ese mundo de la noche que yo tanto había llegado a odiar. Digamos que yo salvé a Roni y ella me salvó a mí de seguir allí. Desde entonces nos hemos cuidado la una a la otra y cuando nos ha tocado marcharnos porque mi madre se gasta el dinero en drogas o la despiden, juntas hemos puesto una sonrisa para empezar de cero.

Mi hermana lo es todo para mí. Es mi vida entera y por eso sufro tanto cuando le hacen daño.

Gonzalo termina y acaba justo mirando hacia mi ventana. Pillada, lo saludo porque es mejor mostrar naturalidad a que note que me da una vergüenza enor-

me que sepa que lo he estado observando como una boba.

Me saluda y me guiña un ojo antes de coger una toalla olvidada en el respaldo de una silla y alejarse. Cierro el grifo y decido hacer el desayuno para Roni.

—No quiero entrar. Me duele la tripa. —Me paro y escruto a Roni: tiene el rostro ceniciento y si no vomita es más que de milagro.

—Todo va a ir bien...

—No lo creo. Estoy cansada... —Mira a su alrededor: ahora es un niño y se oculta—. Cansado. Estoy cansado de ser el rarito.

—Eso es porque eres especial y mejor que el resto. Ellos lo saben y quieren aniquilarte antes de que hagas algo brillante que los deje a la altura del betún. —Sonríe como siempre que se lo digo.

—Puedo estudiar desde casa.

—Yo no puedo enseñarte y de tu madre seguimos sin saber nada. Irá bien.

—Irá mal, como siempre.

La abrazo. Y vamos hacia el colegio. Estamos llegando cuando veo a Jenna, la mujer que nos ayudó. Al vernos nos saluda sonriente y, junto con una pequeña preciosa de pelo rubio y con los ojos más increíbles que he visto nunca, de una tonalidad dorada que parecen atrapar todos los colores que los rodean, viene hacia nosotras.

—Holly, Roni, me alegra que estéis aquí. ¿Nervioso por tu primer día?

Roni solo asiente y clava la vista en el suelo.

—Está algo preocupado, pero todo irá bien.



—¿Vas a ir a mi clase? —Roni alza los ojos hacia la pequeña, que lo mira con una sonrisa—. Voy a sexto A, ¿y tú?

—También —susurra con una vocecilla muy débil.

—¡Eso es genial! —La niña tira de mi hermana y la lleva hacia el interior. Roni se vuelve y me mira asombrada por la espontaneidad de esta pequeña; le sonrío y le digo adiós con la mano.

—Nora es muy efusiva y ha notado que Roni no quería entrar.

—Yo creo que lo han notado todos.

—Nora lo protegerá, no te preocupes.

—¿Es tu hija?

—Sí. —Veo orgullo en sus pupilas—. Todo irá bien, no te agobies.

—Roni es especial y no lo ha pasado bien en otros colegios.

—Aunque no lo parezca, Nora tampoco lo pasa bien en clase. No es una niña que siga al más popular y es muy buena, ayuda a la gente y dice lo que piensa. Sigue su propio camino y eso a la más popular de la clase no le hace gracia. Le gusta que todas la veneren y más si es alguien que de querer podría eclipsarla.

—Lo entiendo.

—No sé quién necesitaba más a quién, si Roni a Nora o Nora a Roni; me temo que mi hija lo ha acogido bajo su ala para que nadie lo aleje de ella. No suele haber muchos niños nuevos y los que hay ya tienen muy marcado a quién seguir.

—Sinceramente, me alegro de que Nora haya acogido a Roni. Por lo que dices, ambos se merecen un amigo.

—Sí, a ver cómo acaba el día, porque hoy marcará

el futuro. Roni puede elegir no seguir a Nora o Nora no seguir a Roni.

—El colegio es más complicado de lo que parece.

—Lo es, dar clases en uno te hace ver muchas cosas que desearías no saber. —No puedo evitar preocuparme por Roni y Jenna lo nota en mi cara, pues se pone ante mí y posa sus manos en mis brazos. Sus ojos verdes me miran con una cálida sonrisa—. Todo irá bien, yo les echaré un ojo.

—Me quedo más tranquila. —Busco mi móvil, le pido su número y le doy el mío para que me llame si pasa cualquier cosa.

—Lo haré.

Me despido de ella y me encamino hacia el trabajo, temiendo que una vez más los crueles niños que no entienden que por ser diferente no eres peor insulten o denigren a mi hermana. ¿No tiene ya suficiente Roni con haber nacido en un cuerpo que no le corresponde? ¿Por qué la sociedad encima tiene que ponerle tantas trabas cuando ella lo único que quiere es ser feliz? Roni no ha hecho daño a nadie y a su corta edad mucha gente la ha lastimado. Estoy cansada de esta crueldad.